

## Tener razón en frente del patrón. Estructura y eventos en la vida de Valtèro Peppoloni, trabajador<sup>1</sup>

Nos enseñaban que así te tocara hacer de barrendero. Tenías que ser el  
mejor barrendero de todos. Esto nos enseñaban.  
Si no puedes aprender a hacer otra cosa que sacar la basura,  
se el mejor barrendero posible.  
(Wylletta Lee, Cumberland, Harlan Co, Kentucky)<sup>2</sup>

### 1. *Historias representativas*

Una de las más típicas observaciones críticas en los debates de la historia oral, de la historia de vida y del método biográficos, es: ¿Cómo se puede generalizar a partir de documentos individuales? ¿Cómo se puede ligar lo personal, lo biográfico y lo subjetivo, con lo social, lo histórico y lo colectivo?<sup>3</sup> En este texto quisiera abordar la cuestión partiendo de una historia de vida específica, tratando de observar cómo se relacionan los marcos culturales y sociales, y en qué modo los rasgos compartidos se relacionan con aquello que los hace únicos.

En la expresión “historias de vida”, muchos investigadores ponen, útilmente el énfasis en vida: en los hechos, en los datos concretos y verificables, en la materialidad de la experiencia. A mí me gusta más subrayar la historia: los hechos pueden ser concretos y verificables, pero lo que tenemos entre manos no es la experiencia, lo vivido, la realidad, sino su relato, una construcción verbal en la que el narrador, gracias a la oportunidad y al desafío del investigador, da forma narrativa a su propia vida. La autenticidad y la inmediatez de la experiencia siempre se nos escapa, en compensación tenemos un objeto que tiene al menos una relación formal con la experiencia misma. Después de todo, también el relato de la vida hace parte de la vida.

---

<sup>1</sup> “Avere ragione di fronte al padrone. Struttura ed eventi nella vita di Valtèro Peppoloni, lavoratore”, en Liliana Lanzardo, a cargo de, *Storie orate e storie di vita*, Milano, Franco Angeli, 1989, 11-28; “The Best Trash-can Wiper in Town. The Life and Times of Valtèro Peppoloni, Worker,” *Oral History Review*, 16/1 (Spring, 1988), 58-69; id., en *The Death of Luigi Trastulli and other Stories. Form and Meaning in Oral History* (Albany, N.Y., State University of New York Press, 1991), 117-37

<sup>2</sup> Wylletta Lee, 1950, administradora inmobiliaria, Cumberland, Ky., 10.7.1986

<sup>3</sup> Louise Tilly, “People’s History and Social Science History,” *Social Science History*, 7, 4, autunno 1983, 457-74; para las respuestas de Paul Thompson, Luisa Passerini, Isabelle Bertux-Wiame, Alessandro Portelli, “Between Social Scientists,” *International Journal of Oral History*, 6, 1, 1985, 21-25, y el comentario final de Louise Tilly, 41.

La historia de la cual quisiera partir es la de Valtèro Peppoloni, nacido en 1916 en Moiano, una fracción de Città della Pieve (Perugia); vivió en Terni desde finales de los años '20.<sup>4</sup> El relato comienza precisamente con la historia de este traslado: su padre era socialista, y un jerarca fascista, quien además tenía una deuda con él, no quería pagarle y lo perseguía continuamente. Vienen a Terni, la familia empieza a trabajar entre la aparcería y el servicio doméstico cerca de terrenos privados en los márgenes de la ciudad.

Y vinimos a Terni. Vinimos en noviembre; en abril del 29' [mi padre] murió. Así que nos quedamos tres hijos; dentro de la villa Mattioli allí en Campomicciolo. Mis hermanas estaban en servicio; la pobre mama, trabajábamos en aquel pedazo de tierra; teníamos una vaca, la leche...cuando me tocaba a mí la leche se cuajaba, porque yo la metía dentro del agua, en el arroyo. Pero a mí, dos pesos para ir al cine o para jugar, ¿Quién me los daba?

La primera cosa que dice recordar es que la propietaria era terrible -“esa era un verdugo”. El terreno tenía muchos árboles de frutas, y el pacto estipulaba que serían divididos por mitades; pero la patrona se guardaba para así las mejores. Peppoloni habla de cuando despojaron el árbol de albaricoque de la patrona y como se fue a vender la fruta a una heladería en la ciudad, para después llevarle el dinero a su madre (quién lo regañó pero que conservó la ganancia).

Un poco más grande, para completar el ingreso familiar lo mandan a trabajar a un cine en la ciudad; pero el patrón no le paga, por lo que se venga abriendo de par en par la puerta trasera del cine e invita a entrar a toda Terni a ver gratis una película de Harold Lloyd.

A los 15 años entra en la planta química de Papigno, pero la nocividad del ambiente lo obliga a renunciar. Permanece desocupado, hasta que es contratado por una empresa que se encarga del sistema de alcantarillado de la ciudad, pero los jefes fascistas lo reemplazan por una persona menos calificada. Entonces se presenta ante el responsable del sindicato fascista:

Le di un empujón [a la puerta] y fui allí dentro. Él se refugió, en el escritorio. Allí, en el escritorio. Yo entonces recién había cumplido los diecinueve años, ya no era un muchachito; y tenía un poco ese espíritu de lucha, como ahora, porque todavía lo tengo, me quedó. Será para bien o para mal, no lo sé, lo dejo a juicio de los demás. El hecho es que nos pusimos a pelear, y me vino bien agarrarlo y lanzarlo por la ventana.

---

<sup>4</sup> Entrevistado en Terni, 25.4.1981

Por suerte, el jerarca cayó sobre una terraza inferior y no tuvo mayores heridas; sin embargo Peppoloni terminó en la cárcel. Fuera de prisión, vaga entre la desocupación y los trabajos precarios hasta que, casi sin darse cuenta, se alista para la guerra en España. Se destaca por estar siempre en primera línea (“como dije, el espíritu nunca me faltó”) pero se resiente por las ordenes de la jerarquía: “de hecho, una vez a un oficial -a un oficial- yo y otros dos le arrancamos la medalla de plata que le habían dado al valor militar; en presencia de los generales franceses. ¿Por qué se la arrancamos? Porque este no estaba en el frente<sup>5</sup> Es allí donde, dice, “me di cuenta de que cosa era el fascismo. Me di cuenta, realmente.” Para Valtèro Peppoloni, el fascismo es un sistema de privilegios que no respeta el mérito ni los pactos, que establece jerarquías artificiales, y que alienta el oportunismo y la truhanería: “veía a las carroñas que cuando estaban cerca de mí, en el frente se ponían a temblar del miedo, y a un prisionero eran capaces de lanzársele encima.”

De vuelta en casa, discute con la sección del *fascio* juvenil que quiere hacerle pagar el carnet de afiliación, mientras que él sostiene estar exento de ello por ser un veterano de la guerra de España:

“ya vas a ver” [grita el secretario]: “yo soy un escuadrista<sup>6</sup>, sabes, ¡ya vas a ver!” “¡Cállate y para!” dije: “¿eres un escuadrista? Diez contra uno para darle aceite de ricino y agarrarlo a golpes; pero cuando había que disparar las escopetas, no estuviste,” los hice yo. ¡Entonces, se abrieron los cielos! Vino a ponerme la mano encima, entonces les hicimos la revolución. Destrozamos todo el *dopolavoro* de Campomicciolo, yo y otros dos o tres amigos, los sentamos, volaron espejos, volaron botellas, allí...

Lo convoca el federal, y también se va a los golpes con él (“lo agarré, habían unas escaleras, abrí la puerta del pórtico, le dije, te voy hacer volar escalera abajo”). Mientras tanto, empieza a trabajar en la acería; se casa, y tres días después de la boda parte para la guerra en Grecia. Regresa condecorado, se va de partisano, es arrestado, se escapa y se va con su familia, cuando la guerra termina regresa a la fábrica.

Había tantos tipos que se permitían, porque habían sido partisanos, dentro de la acería, que se permitían ser unos arrogantes. Y entonces yo les decía no, que eso no estaba bien. Yo tengo otra mentalidad, no lo sé, o erraba o adivinaba...Decían: eh, ¿para qué combatimos? Ahora los patrones los vamos a matar a todos. Yo por el contrario, en cuanto al patrón nunca lo pude ver, pero siempre traté de hacer mi

---

<sup>5</sup> Los generales franceses, naturalmente, son incongruentes. Pero, como veremos, para sus actos de justicia Peppoloni siempre demanda un público.

<sup>6</sup> Miembro de los escuadrones de acción fascistas que se destacaba por las agresiones y abusos en contra de socialistas y comunistas entre 1919 y 1922.

trabajo. En todas partes estuve. Porque no solo estuve en la acería; cambié de patrón, me fui de ahí, me hice expulsar de ahí, tal vez. Pero, no me negué. Cambié de patrón; pero, para trabajar, donde estuve, me pusieron así [en la palma de la mano]. Siempre quise tener razón en frente del patrón, en cuanto a eso. Será un carácter equivocado, no lo sé.

Explica e insiste: “le dije, primero trabajábamos, nuestro deber. Y después, ahí si hay que reivindicar un derecho, luchamos juntos para reivindicarlo”; “antes de la guerra libertad nadie tenía. Recién terminó la guerra, éramos los patrones, nos llamábamos; pero, los patrones en el sentido inadecuado; no adecuado, porque en aquella época no era adecuado hacer lo que te parecía, sobre todo cuando es un trabajo que si tú no lo haces el otro debe parar.” El contraste con los compañeros sobre la base del sentido del deber esta moderado por el conflicto con la disciplina y la jerarquía de la fábrica. Sin solución de continuidad, el relato prosigue:

Entonces estaban los guardianes, dentro de la acería; te controlaban todo. Incluso si habías hecho tu trabajo: estábamos a destajo; a destajo. El minuto de reposo –se rompía un cilindro, o alguna cosa: como te miraban, incluso estabas de pie, [gritaban] ¡duerme! ¡La multa! Les decía no, pero yo no dormía – ah, no había nada que hacer. Te miraban lavar las manos un minuto antes, la multa. Era una presión que yo... de hecho a un guardián, una vez -era un napolitano, el famoso napolitano- yo y otro le metimos la cabeza dentro de una cubeta de agua, y, subían pocas burbujas. Eh, finalmente, llegamos a este punto -lo ahogábamos.

Mientras tanto, siempre pendenciero, participa en el sindicato. A un sindicalista conocido, “bien, yo una vez debí darle una patada en los pies para que hiciera huelga... cuando había que pelear por el sindicato, cuando había algo que me parecía que era justo; porque si no era justo no me ponía en esas.” Pero poco después: “yo fui de esos que estuvo en todas las huelgas; todas, todas, todas, todas. Todas, aunque estuvieran equivocados yo iba. Regular, regular. Pero yo estuve en todas.” En la turbulenta posguerra, participa en todos los enfrentamientos en la calle con la policía; está entre los activistas que desarman a los guardias de la fábrica después del atentado a Togliatti; aunque no hace parte de los tres mil despedidos de 1952-53, va igual a la calle a agarrarse a porrazos, mientras que “a alguno [de los despedidos] le dije, que lo conocía: los vi, a ustedes llorar entre las piernas de sus esposas.”

En la fábrica es apreciado (“en el trabajo, me llevaban así [en la palma de la mano]”), introduce algunas innovaciones técnicas, aprende un oficio, obtiene el preciado título de horneador. Pero ocurren accidentes causados por la incompetencia y el descuido de su ayudante. La primera vez, lo cubre y asume la responsabilidad, la segunda vez no lo cubre y el ayudante lo llama espía. “Perdí la razón. Tenía la bolsa en las manos, con el

portacomidas, se lo tiré en la cara, lo masacré. Lo masacré. Le puse mis pies encima, si no me lo quitan los de la prensa 6000 lo habría matado.”

La riña le da a la compañía la oportunidad de denunciarlo y despedirlo. Va a hablar con el jefe de personal, los guardianes tratan de impedirlo, él se les lanza encima y entra: “Finalmente Peppolo” dice el jefe de personal. “vino en un tiro.’ Le puse la mano, le llegué, lo agarré de la corbata. Se quebró y me quedó en las manos, o si no lo estrangulaba. Los guardianes me agarraron pero no lograban despegarme. De lo contrario, lo estrangulaba la corbata –lo habría ahorcado... mi esposa había muerto hace poco, no había pasado un año, si quiera. Así que, no lo hice... no tenía nada que perder.

Despedido, encuentra un trabajo como paleador en la planta química Polymer – “yo, de obrero especializado que era, dos días después, a pico y pala”. Pero también aquí se destaca, encuentra trabajo como ensamblador, y es enviado a hacer trabajos especializados en toda Italia –hasta que un accidente en la rodilla le impide subirse a los andamios. Nuevamente desocupado, busca ayuda en el partido y en la administración comunal de izquierda. “Finalmente un buen día fui decidido con todos los carnets que tenía en el bolsillo: los del partido y los de los partisanos.” Va donde el asesor y se los tira en la cara. “helos ahí: no necesito de ti. Ni de ti ni de tu partido. Creía que era otro partido.”

El asesor lo lleva atrás: te podemos ofrecer solamente un puesto como barrendero. Y él: nunca te pedí que me hicieras empleado. Barrendero debes ser, y barrendero serás. Serás el mejor barrendero de la ciudad, por la calidad del trabajo y por el incremento de la producción.

Entonces se iba uno con las bolsas [a llevar la basura]. Yo no me hice a un lado: es mi trabajo, y punto. Todavía me encuentran, y todavía lo puedo decir: yo hacía limpieza; yo limpiaba las calles, en serio. Me gustaba ser recolector de basuras. Yo a donde iba me decían *lecca lecca*,<sup>7</sup> por así decirlo, por el aseo que yo hacía en las calles...

¿Sabes que significa raspar los basureros en los meses de julio o de agosto? Abiertos, ¿rasparlos con el raspador? Se necesita un estómago fuerte, pero de acero templado, porque o sino no haces ese trabajo. De cuarenta basureros que hacían antes de que yo estuviera, yo y otro idiota como yo llevamos la producción a sesenta y cinco basureros al día. Y los dejábamos limpios, limpios.

---

<sup>7</sup> La expresión *lecca lecca*, cuya traducción original es la de chupete, o lambón. En el contexto del dialogo se refiere al *lamedor* porqué dejaba los basureros tan limpios que parecía que los limpiase con la lengua. [n.del.t]

En el verano, haciendo este trabajo, se quita la camisa sudada, se quita la camisilla; en ese momento llega el jefe de turno y lo encuentra con el torso desnudo.

Ah, los alaridos y los gritos- “indecente, eres un funcionario público, eres esto, aquello” – en medio de la calle. Yo tenía el raspador que cortaba como una cuchilla de afeitar: le dije, “si no te vas te corto el cuello. ¡Vete de aquí! El sudor me goteaba, me goteaba por todas partes. Se me mojaron los pantalones en todas partes. Y se terminó.

Después de otra disputa con un comerciante culpable de ensuciarle la calle, el municipio lo transfiere al oficio de conserje en una escuela. Aquí, la directora no le permite tomar los días de licencia que le esperaban como recolector de basura; discuten, y la directora le escribe al asesor. “Entro donde la directora: ¿Quién escribió esto? Gritaba como una bestia. Quédese callada que conmigo miramos a ver quien grita más. Ella alzó las manos: la agarré, mucho cuidado con lo que hace, o sino la ahorco...” y termina por conquistar su respeto “luego me respetó, hice el trabajo, me llamó a su casa, me encontró dentro de Terni, dentro de Terni con sus amigas y profesoras, con todas, y me saludó. Dijo, este es un compañero, un defensor de Berlinguer, terrible. Pero debo respetar a quien ha puesto en marcha la escuela. Porque aun lo digo: cuando la escuela estaba mejor, y organizada como se debía, allí estaba yo.”

El último trabajo es el de portero del edificio municipal, donde encuentra la forma de “agarrar” a algunos empleados absentistas y rezagados. Haciendo este trabajo, dice, no fui para hacer de pedante o de vagabundo.

Lleva la misma actitud en su relación con el partido:

El partido me ayudó a formar una conciencia y a luchar como obrero; me enseñó; eso sí, debo reconocerlo. Pero el partido quiere hacer cosas que a menudo no vienen muy bien, porque ahora tenemos encima a Stalin... yo soy estalinista; yo soy de esa manera. El partido me formó de esa forma, no puedo cambiar cada día las cosas. Yo no.

Al tiempo del compromiso histórico<sup>8</sup> recupera por algún tiempo el carnet de la afiliación al partido. Algunos cuadros que le dicen que los tiempos han cambiado, responde: “entonces ¿tú que eres dirigente, porque los domingos no vas a distribuir *l'Unità*,

---

<sup>8</sup> La política del secretario Enrico Berlinguer, quien buscaba una colaboración entre del partido comunista y la democracia cristiana.

en las casas?<sup>9</sup> Yo voy incluso ahora, ¿Por qué nos vas tú? Tantas veces los sacrificué a ellos [los hijos, presentes en la entrevista] que se hicieron a un lado. No sé, por respeto a mí, que se yo. ¿Por qué yo el domingo iba a hacer ese trabajo? Nadie me pagaba nada, eh. Porque yo al partido le di siempre todo y nunca pedí nada a cambio.

Unos días antes de la entrevista había recibido un reconocimiento: “Ahora por ejemplo, yo ni siquiera lo sabía, me mandaron un libro y un portallaves a la casa; premiaron a los difusores. Un libro, un portallaves y un bolígrafo. No a todos. De hecho en toda la zona me los dieron solo a mí”.

## 2. Simetría

Volvamos a la cuestión inicial: ¿Cómo se puede pretender que estas historias individuales ayuden a comprender un hecho colectivo como la cultura? De hecho, este interrogante no se le plantea únicamente a la historia oral, sino que es intrínseco a todas las disciplinas que se ocupan de las historias. De hecho, campos como el folklore y la teoría literaria se encuentran con el mismo problema: las obras literarias son tan individuales y distintas entre ellas, exactamente como son las personas. Por esta razón, se han desarrollado conceptos y procedimientos tales como el *motivo* (unidad mínima del relato), el *tema* (conjunto de razones) y el *género* que permiten descomponer y agregar materiales idiosincráticos e identificar significados transindividuales.<sup>10</sup> Estos instrumentos pueden servir también para sumar las historias de vida individuales dentro de un discurso colectivo.

Quisiera ver qué hay de individual e inconfundible en el relato de Valtèro Peppoloni, y que hay, por el contrario, que pueda ayudarnos a pensar sobre cómo se construye aquella cosa abstracta e individual que es la cultura obrera en una ciudad industrial como Terni, en una cierta generación y en una determinada fase de la historia.

Partiré de dos razones: una que atraviesa al texto linealmente, y otra que se desenvuelve cíclicamente. La razón lineal es una construcción en forma de *Bildung*, una especie de novela de formación: una formalización de la vida del narrador a través de la periodización en tres fases que se determinan por diferentes términos. La primera fase es la infancia y la adolescencia temprana, caracterizada por toda una serie de actos transgresivos (el robo de la fruta, el cine y la leche cuajada) que el narrador explica implícitamente con la ausencia del padre: “era un poco temerario, no tuve una guía”.

---

<sup>9</sup> *L'Unità* era el diario del partido comunista. La distribución del diario puerta a puerta los domingos era la forma más común de militancia.

<sup>10</sup> Tzvetan Todorov, *I formalisti russi*, Torino, Einaudi, 1968; Jean-Marie Schaeffer, *Che cos'è un genere letterario?*, Parma, Pratiche, 1992

Cuando narra la pelea con el sindicalista fascista, siendo un adulto joven, el pasaje está marcado por un nuevo termino: el “espíritu rebelde,” el “espíritu de lucha.” Habla de “espíritu” también cuando relata el conflicto con los oficiales en la guerra, o dice, que en Grecia pasó más tiempo en una celda de castigo que en combate (“un poco era un espíritu rebelde”), aunque después ganara una medalla.

Regresa de la guerra, se casa y entra a la fábrica; ahora es un adulto, y con ello aparece un nuevo término: “conciencia”: va a todas las huelgas, “era mi conciencia”; “el partido me ayudó a formar una conciencia”.

Este tránsito –temerario, espíritu rebelde, conciencia- acompaña el relato de su vida pasando de la infancia, a la juventud, hasta la madurez. Al mismo tiempo, cada uno de los tres términos en sucesión no elimina a los otros. Así, cuando habla con el jefe de personal antes del despido, el hecho de que su mujer hubiera muerto hace poco hace resurgir en él a ese rebelde que había tenido bajo control por la conciencia, entendida como responsabilidad adulta (en el trabajo, en la política y en la familia). La muerte de su esposa (como la ausencia del padre en la adolescencia) le hace perder los factores de responsabilidad y control (“no tenía nada que perder”), y lo envía nuevamente a una fase anterior de su formación. Es como si cada nivel de su subjetividad se construyera sobre bases no carentes de precedentes.

La razón cíclica es la más evidente: es la que se resume en la formula “lo aguanté” (o “lo agarré”, “lo cogí”). Todos los episodios terminan con una confrontación física, generalmente con una figura de autoridad: el sindicalista fascista, los oficiales, los guardianes, el jefe de personal, el sindicalista cobarde, el compañero asesor, la directora de la escuela, el jefe de la limpieza urbana. Casi todos suceden en público, en una forma casi teatral, o inician con la rotura de una puerta, como una verdadera irrupción a un espacio protegido de la autoridad.

¿Qué provoca estos enfrentamientos recurrentes? Creo que todo el relato se rige por un principio, que podríamos llamar, de *simetría* (un poeta campesino e improvisador de Palestrina cantaba a Lenin como “aquel que pone al mundo en simetría”: en el comedor de Valtèro Peppoloni, tallado en madera con sus manos, sobresalía un busto de Lenin).<sup>11</sup> La simetría es una imagen de la justicia: cuando el narrador describe la división de la fruta con la patrona de la casa, señala que le parece justo (por mitades) pero no lo era porque la calidad no era la misma. Esta necesidad de simetría, de equilibrio, va en dos direcciones: hacia la palabra y hacia el trabajo.

---

<sup>11</sup> Nello Innocenti, ca. 1910, campesino, Palestrina (pero grabado en Roma Torrenova), 10.1.1970.

En el ámbito de la palabra, simetría significa en primer lugar, mantener la palabra dada: la historia comienza con el fascista que persigue a su padre por no pagarle una deuda; prosigue con los fascistas que no respetan la exención del pago para su carnet de afiliación; con el asesor que le promete trabajo y no se lo da y con la directora que no le reconoce los días de licencia. En segundo lugar, significa una relación entre palabra y verdad: “si hablamos de historia,” lo dice a propósito del enrolamiento en España, “uno debe decir lo que es”. La única vez que “agarra” a una persona que no es jerárquicamente superior es cuando su asistente lo llama espía. La simetría entre palabra y verdad, sin embargo no significa necesariamente que todo lo que el narrador dice sea cierto: lo que cuenta, sobre todo es la coherencia del relato y de la construcción narrativa de sí. Por tanto, el otro nivel de la simetría es la continuidad de esta verdad en el tiempo. El desarrollo del temerario, al espíritu rebelde y de la conciencia se hace a través de un hilo de continuidad constituido por el rechazo a la injusticia y a la hipocresía: el espíritu rebelde lo tuve, y todavía lo tengo; el partido me enseñó a respetar a Stalin, y yo no puedo cambiar.

Con relación al trabajo, la simetría se refiere principalmente a la relación entre el deber y el derecho. Primero trabajamos y luego reivindicamos, le dice a los compañeros que – después de años de guerra, hambre y resistencia- no estaban contentos con volver a trabajar en las mismas condiciones de antes. Al mismo tiempo, “yo quería tener siempre la razón en frente del patrón.” Se debe dar trabajo si se quieren derechos; puesto que a él el trabajo se lo dan, los derechos hay que exigirlos. Después, y quizás la cosa más importante, la simetría y el intercambio, entre deber y respeto: “siempre me han llevado en la palma de la mano.” En este sentido, la escena clave es la de la directora que (una vez más, teatralmente) lo saluda públicamente cuando se lo encuentra en el centro de Terni. Por último, la coherencia entre el rol y el comportamiento: si eres un oficial te debes exponer en el frente; si eres un dirigente, debes difundir *l'Unità*.

Ahora, si hay una idea de simetría, quiere decir que se habla de relaciones entre iguales. Se da el trabajo para intercambiarlo por salarios, derechos y respeto, significa que la relación con la contraparte no es de subordinación sino de paridad. En algunos casos (como con el ayudante o con los empleados holgazanes) el enfrentamiento es entre pares; pero casi siempre es con una figura de autoridad, a la cual Peppoloni le impone el respeto de una relación “contractual”, de intercambio. Su sentido del deber no es el de la disciplina y la obediencia, sino el de la autodisciplina y el del orgullo personal -“conciencia.”

### 3. *La fruta robada*

Tengo un amigo en el Aristide Gabelli  
Que lo agarraron porque se iba a robar  
La fruta sacudiendo las verjas  
De una grande y vasta propiedad.  
(Armandino Liberti, “Noi de borgata”)<sup>12</sup>

Esta es la construcción formal de la historia de una persona. ¿De qué forma nos ayuda esto a razonar sobre la historia de una ciudad? ¿Cómo se entrelazan los motivos, los temas y los géneros narrativos compartidos socialmente con los hechos individuales narrados en este relato?

Existe, por supuesto, una tradición de análisis de la relación entre las narrativas individuales y las formas culturales que pertenece a la tradición de los estudios folklóricos. Como Arne y Thompson enseñan, estos estudios han desarrollado técnicas refinadas para individuar los elementos colectivos que se encuentran en los textos –al punto de que algunas veces el análisis folklórico se reduce a encontrar cual es el número dentro del índice Arne-Thompson al que se le puede rastrear los motivos contenidos en una historia dada.<sup>13</sup> De otro lado, tenemos una tradición de estudios literarios cuyo fin es la individuación: Tzvetan Todorov afirma, en la introducción de su libro sobre literatura fantástica, que cada obra de arte es un género en sí misma.<sup>14</sup> Es claramente una paradoja, pero sirve para señalar que ningún texto literario – en realidad, ningún texto, y ninguna performance narrativa- es completamente reducible a estructuras generales o a marcos sociales transindividuales.

Ninguna historia de vida se puede resumir en su totalidad dentro de marcos sociales generales, simplemente porque ninguna persona se le puede resumir totalmente dentro de marcos sociales generales. Por excelentes razones de necesaria abstracción científica y estadística, a menudo se representa la realidad social bajo la forma de retícula; y una retícula hecha de cuadrados iguales en dimensión y forma. Es una operación necesaria, pero es bueno recordar que se trata ante todo de un artificio y no de una representación directa de los hechos sociales. El mundo, de hecho no tiene la forma de una retícula pero, si tiene

---

<sup>12</sup> “Noi de borgata,” compuesta y cantada por Armandino Liberti, 1925, bagajero, grabado en Roma Trionfale, 21.11.1973; Sara Modigliani, nel CD *Ma che razza del città, il manifesto* - Circolo Gianni Bosio, Roma, 2007. L’Aristide Gabelli es el reformatorio de Roma.

<sup>13</sup> Stith Thompson, *Motif-index of folk-literature; a classification of narrative elements in folktales, ballads, myths, fables, mediaeval romances, exempla, fabliaux, jest-books, and local legends*, Bloomington, University of Indiana Press, 1955-58.

<sup>14</sup> Tzvetan Todorov, *La letteratura fantastica*, Milano, Garzanti, 1977

alguna, es la de un mosaico: cada tesela<sup>15</sup> compagina o se sobrepone con las otras, formando un conjunto al que podemos buscarle forma y sentido, pero no porque cada una sea igual a las otras, sino porque en su diversidad se adaptan la una a la otra. Cada tesela es diferente a las demás, cada historia es diferente a las demás.

Por lo tanto, explicar un texto significa resituarnos en los marcos sociales, pero también implica tener en cuenta este hecho universal que es la diferencia entre los individuos, y sus historias. En el relato del que nos estamos ocupando, algunos elementos de la cultura social saltan a la vista; quisiera detenerme, sobre todo en el contenido (donde el aspecto más llamativo es la ética del trabajo, sobre la cual volveré más adelante) y en los elementos formales, a partir del discurso sobre el robo de la fruta.

¿Cómo se pueden descubrir cuáles son los motivos socialmente compartidos? Evidentemente, comparando muchos relatos y verificando que motivos recurren con mayor frecuencia. Si Peppoloni hubiera sido el único obrero ternano que habría comenzado su propia historia de vida con un hurto campestre, diríamos que se trata de un dato individual y no generalizable. Por el contrario, más de una historia comienza con el robo de fruta (un obrero, amigo mío de infancia, narra como todos los chicos del barrio se organizaron para una acción en masa, y no me dijeron nada). Más de una historia, incluso más explícita que esta, comienza diciendo: ese fue mi primer acto revolucionario; un narrador afirma: fui a robar fruta, el guardián me disparó muy cerca, y fue entonces cuando comprendí que el sistema capitalista no era justo.<sup>16</sup>

En el caso de Valtèro Peppoloni, el giro anticapitalista se produce después, pero también aquí la construcción narrativa de sí comienza con esta transgresión infantil. Es común en muchas narraciones autobiográficas que el narrador reivindique en su propia infancia los gérmenes de su identidad actual; esto es aún más cierto en el caso de un narrador tan “coherente” como Peppoloni: revolucionario ahora, revolucionario siempre.

Pero hay una aparente contradicción: una historia tan legalista –primeros los deberes y después los derechos- funda su identidad en un robo. Esto se refiere a una profunda dualidad en la cultura local, que se deriva de las características específicas del proceso de industrialización y de formación de la clase obrera. En Terni la acería no nació como el resultado de un largo proceso gobernado por fuerzas endógenas, sino que fue ideada y hecha desde arriba por decisión del gobierno. Fue un proceso rápido, por lo que dentro y en los alrededores de la ciudad industrial continuaron existiendo grandes espacios agrícolas y rurales; por generaciones, una parte considerable de la fuerza de trabajo venía directamente

---

<sup>15</sup> La tesela es una pieza pequeña de piedra, cerámica o vidrio teñido que se usa para confeccionar mosaicos. [n.del.t]

<sup>16</sup> No relaciono los nombres por motivos de privacidad.

del campo y llevaba dentro de la fábrica una cultura campesina relativamente intacta. Ambos factores se encuentran en la historia de Peppoloni: su familia viene a Terni desde el interior rural de Perugia, y encuentra trabajo en un espacio agrícola en los márgenes de la ciudad.<sup>17</sup>

En Terni, donde el sustrato rural se cruza con la identificación obrera con la fábrica, toma forma por un lado, una ideología contractual según la cual las relaciones de trabajo deben basarse en el estricto cumplimiento de las normas tanto en el respeto por la empresa, como en el respeto hacia los compañeros de trabajo; y por otro lado, una práctica que, especialmente después de la guerra, es generalizada y casi legalizada, el robo de cianamida de la planta química para fines de iluminación doméstica, por parte de obreros cuyas familias no podían permitirse el pago de la factura de la luz. La disciplina de la fábrica afirma que es necesario darle a la empresa todo el tiempo de trabajo que ella ha pagado; pero cuando la maquina camina por su cuenta es normal usar este tiempo para fines personales, como para descansar, leer, y tal vez lavarse las manos cinco minutos antes de la hora de salida.

De esta herencia cultural también hacia parte la práctica del hurto campestre: una práctica jamás reivindicada a nivel colectivo, pero muy recordada en las biografías personales, y tan difundida en Italia al extremo de ser designada como “una forma de lucha de masas.”<sup>18</sup>

Esta gestión del tiempo orientada no a la disciplina sino a la consecución de resultados es una marca campesina más que industrial: basta recordar lo que escribe Herbert G. Gutman sobre la formación de la clase obrera americana, o Federico Butera sobre la relación entre la organización del trabajo y la clase obrera de las acerías de Terni.<sup>19</sup> Aquí la memoria cultural es un contrapeso respecto a la totalización de la ideología de la fábrica; pero es vivida por cada obrero como un hecho personal, transgresivo y ligeramente ilícito, vagamente “anárquico.” No es casualidad, que el narrador que dice haberse convertido en anticapitalista tratando de robar fruta, se declare comunista pero también afirme tener una fuerte simpatía y nostalgia por la anarquía, entendida siempre como una fase anterior a la “madurez” del movimiento obrero.

---

<sup>17</sup> Alessandro Portelli, “La classe operaia ternana fra cultura contadina e vita di fabbrica,” en *Storia d'Italia. Le regioni. L'Umbria*, Torino, Einaudi, 1989, 737-71; Pierre Donadieu, *Campagne urbane. Una nuova proposta di paesaggio della città*, Roma, Donzelli, 2006.

<sup>18</sup> Federico Bozzini, *Il furto campestre. Una forma di lotta di massa*, Bari, Dedalo, 1977.

<sup>19</sup> Herbert G. Gutman, *Work, culture, and society in industrializing America : essays in American working-class and social history*, New York, Knopf, 1976; Federico Butera, en colaboración con Rita D'Andrea, *Lavoro umano e prodotto tecnico. Una ricerca sulle acciaierie di Terni*, Torino, Einaudi, 1979.

De hecho, el paralelo entre la historia personal (temerario, espíritu rebelde, conciencia) y la historia de la formación de clase es soportada por otros narradores. Por ejemplo, Arnaldo Lippi, uno de los grandes narradores del movimiento obrero de Terni, usaba la expresión “espíritu rebelde” para describir el clima que había en la ciudad antes del nacimiento del partido socialista, y lo remontaba incluso hasta las abuelas subversivas que iban a robar la carne de los caballos muertos en el matadero, para dar de comer a las familias antes del ‘900.<sup>20</sup> En la historia de la ciudad, el espíritu rebelde es, como la juventud de Peppoloni, una forma pre-consciente de la intolerancia popular hacia la autoridad, esa que Gianfranco Canali definió como “tradición subversiva” del movimiento obrero ternano.<sup>21</sup> En las tres fases de Peppoloni se corresponden nítidamente las fases de la intolerancia individual decimonónica, del movimiento anárquico anti-autoritario, y del comunismo considerado el culmen de la “conciencia” organizada. Lejos de ser irreconocible la historia social de la ciudad, la historia de Valtèro Peppoloni –debidamente contrastada con otras historias y fuentes- revela ser casi la matriz y el modelo del historia social en el plano de una singular vida obrera.

#### 4. *Consejos para los obreros*

Max Weber, en su clásico estudio sobre el espíritu del capitalismo, usa el término *Beruf*, vocación y profesión en conjunto, para definir la mentalidad en la que, como Valtèro Peppoloni, si eres barrendero trata de ser el mejor barrendero posible, y si difundes *l’Unità* debes ser el mejor difusor de la ciudad. “Es mi trabajo y punto” dice.<sup>22</sup>

Pero a mí la historia del mejor recolector de basuras de Terni me trae a la mente otro relato. En su clásica novela *Invisibile Man* (1952), el escritor afroamericano Ralph Ellison incluye una transparente parodia de la autobiografía de Booker T. Washington, líder afroamericano de finales del ‘800, partidario de la ética del trabajo y de la higiene personal como vehículo de subsistencia y de seguridad para los negros de América.<sup>23</sup> Ellison narra la historia de un personaje que se convierte en rector de un *college* para negros donde llegó analfabeta, pidió un trabajo, lo pusieron a darle de comer a los marranos y él se convirtió en “el mejor alimentador de marranos en la historia del *college*.” Es una parodia del hecho de que, si bien a Booker T. Washington como al personaje de Ellison les fue bien (gracias al apoyo de poderosos patrocinadores blancos, interesados en difundir en una población subalterna la disciplina del trabajo sin derechos políticos) – en realidad esta ética individual de promoción no funciona, porque hay una condición social, la segregación racial, que la

---

<sup>20</sup> Arnaldo Lippi, 1899, obrero, 30.12.1979, 5.1.1980, 3.9.1982.

<sup>21</sup> Gianfranco Canali, “Tradizione e cultura sovversiva in una città operaia: Terni 1880-1953”, en *Storia d’Italia. Le regioni. L’Umbria*, 662-705.

<sup>22</sup> Max Weber, *L’etica protestante e lo spirito del capitalismo* (1905), Firenze, Sansoni, 1945.

<sup>23</sup> Ralph Ellison, *Invisibile Man*, New York, Tandom House, 1952; Booker T. Washington, *Up from Slavery* (19005), Boston, Bedford/St. Martin’s, 2003.

niega. De hecho, la estrategia que tendrá éxito posteriormente será la del movimiento de los derechos civiles: la de luchar colectivamente para también construir las condiciones del éxito individual.

En las raíces de esta ética está, el prototipo absoluto del *self-made man* individual, el precedente de Benjamin Franklin. A Franklin lo referencia Max Weber; pero me parece más importante el hecho de que ya en el año 1881, cuando se comenzaba a hablar del destino industrial de Terni, *L'unione liberale*, diario de la burguesía local, publicaba los “Consejos a quienes quieran hacerse ricos” de Franklin, pero bajo el título de “Consejos para los obreros.” Franklin se dirige a los artesanos aspirantes a capitalistas, en una sociedad fluida en la que era posible creer que todos podían llegar a ser ricos si trabajaban duro y si tenían en mente las virtudes personales necesarias. Por el contrario, *L'unione liberale* no tenía en mente ayudar a los obreros a enriquecerse; más bien se dirigía a ellos mismos, porque la autodisciplina del aspirante capitalista (austeridad, continencia, ahorro, laboriosidad...), una vez separada de un proyecto de movilidad social, deviene en la disciplina interiorizada del obrero ideal.

El modelo de Franklin, adoptado por Booker T. Washington, por Andrew Carnegie, por Horatio Alger,<sup>24</sup> y satirizado por Ellison, está ligado a una dimensión de movilidad social hacia arriba. Ahora, a pesar de su dignidad personal, la historia de Valtèro Peppoloni, al menos desde un cierto punto, es una historia de descenso, de un obrero especializado a recolector de basura. Por tanto, entre su relato y el modelo de la ética capitalista del trabajo hay una discrepancia: a las virtudes laboriosas no les corresponde una recompensa individual o material. Peppoloni no hace carrera, y mucho menos se hace rico.

Pero ¿por qué no hay recompensa? Por un lado, porque no es posible: la estratificación de clase es aún demasiado rígida para que uno piense en hacerse rico solo porque es listo y honesto. Por el otro, y en el caso de Peppoloni esta es la cosa más importante, no hay recompensa porque no es lo que él desea y busca: un poco porque, quizás, ni siquiera tuvo la posibilidad de imaginárselo; diría, porque la idea de enriquecerse personalmente quebraría aquella simetría de solidaridad al interior de la cual toma forma su identidad. Enriquecerse significa sustituir la solidaridad por la competición, y finalmente salirse del contexto cultural que motiva su ética de trabajo. Weber de hecho, reconoce en la ética protestante del trabajo una sanción religiosa individual; en la cultura obrera en la que se forma Valtèro Peppoloni, la sanción es una sanción política colectiva: la ética del trabajo permite “tener razón en frente del patrón” y reivindicar, colectivamente, derechos para todos.

---

<sup>24</sup> Andrew Carnegie, *The Gospel of Wealth, and other Timely Essays*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1962; de Horatio Alger, afortunado autor de muchísimas novelas “dall’ago al milione”, véase por ejemplo *Ragged Dick ; and, Struggling upward*, a cargo de Carl Bode, New York, Penguin, 1985.

Esto no ocurre sin sufrimientos, revelados en algunas contradicciones. Dice Peppoloni: a luchar también voy, “es mi conciencia.” Luego afirma: el partido me ha dado una conciencia. Está claro que la palabra conciencia aquí significa dos cosas relacionadas pero distintas: el sentido personal de responsabilidad, y la conciencia y solidaridad de clase. En la medida en que es capaz de mantenerlas juntas, no hay problemas; pero la diferencia emerge cuando entra en conflicto con el partido y con los compañeros de trabajo. Por ejemplo, en el lapso de no más de veinte segundos, antes de afirmar “hice solo las luchas justas, porque en las injustas no me hallaban. Es mi conciencia,” y poco después “las huelgas las hice todas. Todas, todas, todas, todas. Todas.” No sabemos si realmente estuvo en todas las huelgas o solo en aquellas en las que su conciencia personal sentía como justas. Lo que sabemos es que el narrador debe responder a dos definiciones de “conciencia.” La conciencia personal, que individúa las luchas justas en términos de simetría entre derechos y deberes; y la conciencia política que le dice que las luchas deben hacerse todas porque son el instrumento del progreso colectivo, y porque necesita simétricamente devolverle al partido lo que el partido le ha dado.

##### 5. *Será un carácter equivocado*

Todos estos motivos confirman los hallazgos entre la historia y la conciencia personal de Valtèro Peppoloni y la historia y la cultura de su clase y de su ciudad; de hecho, la historia de Valtèro Peppoloni nos ayuda a focalizar mejor la de la ciudad y la de la fábrica. Por ejemplo, que la clase obrera ternana tuviera una fortísima ética de trabajo es incluso un lugar común; pero esta historia nos ayuda a articularla mejor, a ver en ella las estratificaciones y las complejidades. La progresión desde el temerario que roba fruta, al espíritu rebelde que contesta a la jerarquía y al obrero consciente que lucha y que trabaja, se encuentran en otras narraciones personales y, sobre todo, en la narración difusa de una Terni proletaria que pasa del hurto campestre a la “tradición subversiva” y a la conciencia de clase comunista. Estas conclusiones las revelamos a través de las comparaciones: nadie se atreve a individuar los marcos sociales de la conciencia a través de un solo relato, como algunos críticos poco informados parecen creer.

Pero no basta. Porque una vez demostrado que casi todo lo que hay en este relato encuentra lugar en una dimensión social y cultural compartida, no podemos no hacernos otra pregunta: y entonces, en este relato tan típico, ¿Qué hay de *individual*?

Por ejemplo, existen algunas particularidades lingüísticas, algunos procedimientos retóricos –el continuo repetir “estará bien o estará mal, no lo sé, eso lo dejo a juicio de los demás”, “o erraba o adivinaba”, “será un carácter equivocado, no lo sé”: la retórica de la autodenigración como búsqueda de consenso, de parte de un narrador que está firmemente

convencido de haber hecho bien y de haber estado del lado de lo justo (de hecho, este también es un procedimiento que encontramos en muchos otros relatos).

Pero la cosa verdaderamente importante, realmente única e individual, no es un único motivo, sino justamente la integridad y la intensidad del modo en el que todos estos motivos culturales se ponen juntos en un mismo relato. Después de todo, es la historia de Valtèro Peppoloni la que elegimos para hablar sobre esto y no otra. Todos los motivos principales de su relato se podrían hallar en los relatos de los otros; sin embargo no existe otro relato que los contenga a todos, y que los contenga de forma tan orgánica y, diría, con tanto rigor formal. Tal vez sea una paradoja, pero lo que hace absolutamente inconfundible y personal a esta historia es la entereza, la profundidad y la intensidad de su inmersión dentro de una cultura colectiva.